

Nada, nadie: las voces del temblor

Conferencia en el Taller de verano: UUAP 2015.

Irrupción en el paisaje

15 de junio de 2015

Elena Poniatowska

Antes los hombres construían con sus manos. Las casas eran un poco de tierra: un poco de tierra más dentro del paisaje de tierra; de aire, en el aire; agua en el agua. En nada se distinguían del lugar; podían ser montaña, lago, palma, barro. En el México antiguo, las casas se levantaban sobre una base piramidal, y al igual que las pirámides, una escalera conducía al único cuarto. Y a pesar de no tener ventanas, cada casa abría su puerta al campo, y por esa abertura veían la noche y el día, salir el Sol y aparecer la Luna. Seguían el movimiento de la luz, sabían leer la carta del cielo; cuándo sembrar y cuándo no quedarse a la intemperie.

Con los elementos de la tierra —así como sus abuelos y los abuelos de sus abuelos— levantaron su casa. Paja, penca de maguey, adobe, fibras vegetales y crin de caballo. Tierra amasada con limo, sacada al sol en forma de ladrillos, otate, un bambú —con el que se hacen muros—: bajareque, estructura de barras entretreídas recubiertas con lodo mezcladas con paja. La naturaleza les dio sus materiales. En el desierto, muros de órganos, muros vivos, muros que respiran. En la montaña, ahí donde hay árboles, madera; en las regiones rocosas, roca; en la costa, palmas que se entretrejen como trenzas de mujer, hasta formar los techos, las palapas, las bóvedas ligeras y armoniosas, las cubiertas circulares, frescas y siempre renovables.

Los terremotos son de entonces, no de ahora. Desde siempre vivimos los mexicanos sobre una tierra que tiembla. La Jesusa Palancares cuenta en *Hasta no verte Jesús mío* cómo tembló cuando entró a México en 1910. Jesusa hablaba de todo lo que hay dentro de la tierra. Jesusa, no sé si lo saben, era una soldadera; decía que dentro de la tierra que hay su magma —que ella confundía con un gran animal oscuro, posiblemente una víbora, por cómo culebreaba.

La teoría de la deriva continental, relativamente nueva, dice que en la tierra se reacomodan constantemente unas grandes placas, sobre las que viajan los continentes. La Placa de Cocos empieza en la costa de Colombia y llega hasta Colima; tiene 2 000 000 kilómetros cuadrados de extensión, como la república mexicana, y de 70 a 100 kilómetros de espesor de roca. Esta placa trata de introducirse en nuestro cuerpo continental y de penetrarlo con su energía mineral acumulada. A través de pequeños terremotos disipa un poco su energía. La ruptura de la placa provoca los microsismos y, según predicciones científicas, nos espera en el futuro un microsismo, un terremoto mucho mayor al de 1985.

En países como Estados Unidos y Japón se prevén tipos de construcción y conductas sociales capaces de enfrentar sismos y maremotos; claro, hay desgracias tan inmensas como un tsunami, que acaba con todo. Sin embargo, en el caso de los ciclones, poblaciones enteras han sido evacuadas. En San Francisco, se les ordenó a los habitantes, con mucha anticipación, reforzar sus viviendas, en vista de un futuro terremoto. No les alcanzó el tiempo, debido a faltas de previsión o a defectos de construcción. Cayeron edificios, puentes, casas. Al igual que en nuestro caso, se habló de errores humanos; sin embargo, tanto la intensidad del terremoto como las pérdidas fueron mucho menores en San Francisco que en México.



Ilustración: Amaranta Aguilar Escalona

En México existe la prueba, y en muchos, la sospecha —que se convierte en evidencia social—, de que los errores son aciertos de la corrupción. Las violaciones a los reglamentos de construcción, los malos materiales, la deshonestidad de muchos funcionarios, contratistas e ingenieros; el encubrimiento, las mordidas para conseguir permisos, el robo a pequeña y gran escala; la explotación desenfrenada de los recursos naturales; la trampa y la transa; arena en vez de concreto; edificios levantados al vapor; todo ello subyace en lo más negro de la obra negra que salió a la superficie en la catástrofe de 1985.

En México, los errores humanos adquieren un tinte criminal porque somos, ante todo, una población desamparada, huérfana, inermes, indefensa, desocupada o subocupada; dejada de la mano de Dios, resignada con una infinita capacidad de aguante, y sobre todo, humillada por las autoridades y el poder del dinero, a la par. Sólo hay que asomarse a las oficinas de gobierno para ver las colas y el trato que reciben quienes pretenden cumplir con una obligación ciudadana; por ejemplo, el pago de impuestos, del predial, el pago del agua, del alcantarillado; y son maltratados o tratados mal, por la burocracia, la desidia, la mordida. Los ricos casi no se enteran, envían a sus achichincles, recurren a las palancas. Para los pobres es la prepotencia del sistema, que cuando no los limita, les niega sus derechos.

El Instituto de Geología de la UNAM dio a la luz pública el Manifiesto de Morelia a mediados de 1986, el cual sólo se difundió en los periódicos por medio de un octavo de plana. Un octavo de plana para prevenir a la población contra un terremoto. ¿Eso les parece a ustedes suficiente? El gobierno de De la Madrid fue un gobierno de dejar pasar y dejar de hacer, pero no un gobierno de responsabilidades. Nada de buscar culpables. El no buscarlos es aliarse a la corrupción. “Traigan rápido los trascabos y las grúas. Límpíenme este terreno para que no se note”. En muchos terrenos, hoy jardines públicos, sembrados al vapor por órdenes del regente, entonces Ramón Aguirre, no quedó ni una varilla, ni un pedazo de concreto para probar que el edificio estaba mal hecho.

Todo revuelto iba a dar al mismo basurero. Una columna, una pierna, un lavadero, la diadema de una niña, una boleta de calificaciones, un molcajete, una foto, un torso, un diploma, un diario que conservo entre mis tesoros de un joven de provincia que vino al DF a estudiar medicina. En esos días, la ciu-

dad se despejó más rápido que nunca. Se retiraron 350 mil metros cúbicos de basura, se hicieron de 2 000 a 2 500 viajes a los tiraderos. Dentro del cascajo, los pepenadores encontraron pepitas de oro, alambre, varilla, ladrillo rojo, hierro para hacer su propia casa o para vender por kilo. “Edificios nuevos, compadre, nuevecitos”. No tenían ni 30 años. Esos edificios fueron los primeros que se fueron abajo.

No hay peor muerte que el aplastamiento o la asfixia; sin embargo, miles y miles de mexicanos murieron entre los escombros; entre la basura y las piedras se fueron cuerpos mutilados, y todavía en noviembre de 1989 se encontraban restos humanos en la calle de Xocongo y Lorenzo Boturini, en la colonia Tránsito, según informes del brigadista Marco Antonio Elizalde. Pero, qué importa, los mexicanos que viven en la Tránsito o en la Guerrero, en Tepito, son la carne de cañón de siempre; los que no tienen ni un petate donde caer muertos.

Alonso Mixteco, por ejemplo, vino a trabajar desde su natal Guerrero al Distrito Federal, en la Dirección General de Educación Indígena, en la calle de Manuel Doblado. Vino como traductor de mixteco, y cuando el edificio se le cayó encima y todo se hizo oscuro, vio un rayo de sol, pero a una distancia de 30 metros, y dijo: “Aquí está mi salvación”. Arrastrándose con todo lo que era su cuerpo, todo lo que él era, iba hacia la rendija de luz. “Un boquetito así de chiquito”, dice Alonso Mixteco, “encontré lo que era mi cuerpo, lo reconocí y empecé a luchar con los hombros, los brazos, la cabeza, como quien se da de cabezazos contra un muro —y yo tengo una cabeza muy buena, muy dura, fuerte, con huesos como de hierro—; aunque me quedara calvo yo iba a abrir el boquete, y lo abrí tanto que pude jalar el resto de mi cuerpo, y cavé con mi propio cuerpo un túnel de 30 metros dentro de los escombros, agarrándome así la cabeza hasta que llegué al filo de luz. Sólo entonces volví a hablar y, perdonarán las groserías —yo no las acostumbro—, pero dije: Pinche madre, estuvo duro. Vi mi edificio de ocho pisos aplastado hasta ser de un piso. Corrí gritando: ¡Virginia!, ¡Virginia!, mucho que grité ¡Virginia!, pero Virginia no me contestó; ya se había muerto”.

Alonso Mixteco es un indio, indio nahua por parte de madre, mixteco por parte de padre. Dos culturas indígenas lo han hecho quien es. No sólo se convirtió en el hombre que salió solo, sino que regresó a sacar a sus compañeros. Y dice —me dijo—: “A nosotros, a los de tercera clase, siempre

nos dejan afuera. Toda la gente, como yo, que es de tercera, es quien le fue más mal el 19 y 20 de septiembre; los más pobres, los más jodidos. Otra cosa que quiero decir”, añade Mixteco, “es que se desespera uno con tanto papeleo [aquí en la UNAM hay mucho papeleo], todas las formas que hay que llenar: ‘Firme aquí, firme allá, firme acá, firme más allá’; papeles y papeles y papeles y papeles; y mire, ahora ya todos los papeles volaron por los aires; el terremoto los alevantó”.

Mixteco tiene razón. De los cinturones de miseria, los de tercera clase pasan a vivir, si tienen suerte y después de mil años, a un cuarto, o si tienen además a un cuate —un amigo en la política—, a las unidades habitacionales de razón social o de interés social. Una de ellas era el Nuevo León, en Tlatelolco. Ahí, Salomón Reyes, ayudante, cuidador de coches del estacionamiento Z-650, vivía en un cuarto de azotea con sus siete hijos y su mujer Josefina. Oyó un rechinido y cuando cayó a tierra arrancado de cuajo, salió humo negro, negro, que se extendió al Paseo de la Reforma.

Escombró durante muchos días a duro y duro; luego, cuando lo trajeron, con un palo, con pico; después de dos días se desesperó y fue a buscar a las delegaciones, a los albergues, al estadio, a los centros infantiles. Recorrió tantos hospitales que “olvidese”, me dijo, “se me acabaron los zapatos. Las calles, ya las tengo aplanadas todas. He cortado calles y calles, nada me importa. En los hospitales, como no puedo leer, no entiendo las listas en las puertas. Encontré a una señora que me dijo: Tampoco yo sé leer, por eso rezo. Las enfermeras ni me pelaron, entiendo que tienen prisa. He visto que otros encuentran entre las cenizas, una fotito, una boleta de calificaciones; yo, ni eso, ni eso siquiera; ni un recuerdo, yo nada he encontrado. Yo lavando carros y diciéndoles: ‘Órale hijos, hasta donde se pueda, ustedes estudien’; y sí, daba gusto, porque mire: ‘Papá, papá, revíseme las calificaciones’. ‘Papá, mire mi cuaderno’. ¡Caray, sí daba gusto! Lo que me puso la maestra aquí en la esquina... Pero mire nada más, fíjese en lo que vine a acabar. De tener una familia grande y estudiando todos — porque todos estaban estudiando—, mis hijos, mis

siete hijos, y luego no tener ni uno. Tenía la esperanza de encontrar uno, por lo menos, uno, pero de siete, ni uno siquiera”.

Cuántos días esperó Plácido Domingo a que le trajeran una grúa; y eso que el gobierno quería quedar bien con él —un cantante de fama internacional. Mucha maquinaria no llegó nunca al derrumbe; alguna, hasta al mes, como en el caso de los talleres clandestinos, donde se hacían las costureras en turnos que comenzaban en el primer turno, es decir, en la madrugada, con un horario de ocho horas. Bueno, si hubieran tenido ese horario de ocho horas, quizá no les hubiera pasado nada. Pero en verdad no las mató el terremoto, sino el trabajo a destajo y la codicia de sus patrones de Polanco y de Tecamachalco, donde no se cayó ni una bardita y ni un tendadero. Así como estas voces, son miles de voces del temblor; en el caso, por ejemplo, del Nuevo León, son voces acusatorias, indignadas, dolidas hasta la médula, dispuestas a llegar a lo último —aunque nunca pudieron llegar a lo último porque nadie les hizo caso. Y madres que decían: “Pues qué más me pueden hacer, si ya perdí a mi hijo”.

Por ejemplo, Gloria Guerrero perdió a su hija de cinco años y medio, Alondra, aplastada en su camita en el Nuevo León; y junto con los vecinos indignados, se dedicó a denunciar que el edificio tenía daños estructurales mucho antes del sismo. El ingeniero Raúl Pérez Pereira, quien hizo el peritaje, descubrió que el Nuevo León tenía una inclinación de más de un metro; los basamentos inundados; unos pilotes insignificantes, de 5 cm de diámetro y oxidados. Cuando el ingeniero Manuel González Flores, director de Picoso, la única compañía en México que endereza edificios, hizo la inspección, encontró que las columnas del edificio no tenían sino una sola varilla en la esquina, y las de concreto estaban llenas de incrustaciones de madera. Al echar el concreto para colar las columnas, los responsables ni siquiera se ocuparon de limpiar la zona. Los sótanos estaban totalmente inundados.

Doña Consuelo Romo, quien vino de Mazatlán a ver si podía recuperar a sus nietas, a su hija,

a su hermana, contó que después de mes y medio encontraron al cuerpecito de su nieta adentro del agua. Desde la época de López Mateos, cuando fueron diseñados —por la firma Dirac (Diseño Racional)—, no sólo el Nuevo León, sino los edificios de Nonoalco-Tlatelolco, todos los edificios de bajo costo, los llamados “vivienda popular”, empezaron a mostrar inclinaciones peligrosas.

Nuestros ingenieros no sólo tienen fama de buenos, lo son. Son estudiosos, son investigadores, y trasladan al papel su experiencia. Son miembros de sociedades internacionales, su reconocimiento es mundial, sin embargo, varios edificios construidos por ellos, se colapsaron; peor, el Nuevo León, cuyo derrumbe ejemplifica, de manera trágica, la magnitud de nuestra corrupción.

Se necesitaría ahora —yo no sé si lo han hecho— crear un Instituto de Sismología Social, cuyo primer tema de estudio debería ser la corrupción, ese terremoto perenne que han padecido los habitantes de la Ciudad de México en etapas que se miden por sexenios, monopolios, feudos. Además de sismógrafos y alarmas que la UNAM, por ejemplo, ha instalado en la costa de Guerrero —y parece que funcionan muy bien, aunque no se han implementado—, ¿no sería bueno instalar también en las oficinas gubernamentales y en los despachos de diseño y construcción, detectores de sentimientos, para ver cómo anda la conciencia de los creadores antes de iniciar una obra?

¿No sería bueno inventar un “sensilógrafo” para darse cuenta hasta qué punto están alejados del destino de aquéllos que van a habitar el edificio? ¿Qué termómetro de pudor indica la temperatura del grupo ingenieril a la hora de recibir un gran premio internacional? ¿Quién revisa en nuestro país la calidad de la construcción, la calidad moral de los funcionarios y de los profesionistas? Decía Guillermo Haro que en nuestro país no hay control de calidad, ni de materiales ni de alimentos ni de ética profesional. No hay supervisores, o sólo se trata de una mafia en que se encumbren y se cubren los unos a los otros, se reparten premios y canonjías y defienden sus intereses comunes. ¿No estarán también en el

agua los cimientos del sistema político mexicano? Hoy por hoy, bajo miles de toneladas de escombros, los muertos acusan, los muertos reclaman, los muertos dicen que su muerte vale, al menos, una explicación.

Hace muchos años, durante la construcción de la Universidad Anáhuac, se levantó un puente para comunicarla con la carretera de Toluca. El puente se derrumbó y mató a 100 trabajadores; otra vez, la misma carne de cañón. No hubo culpables, o al menos no los encontraron; sin embargo, es un dato curioso que Sergio González Card, dueño de la constructora y edificadora mexicana que hizo el puente, haya sido en esa época el encargado de la remodelación estructural completa, la reconstrucción total, del complejo Nonoalco-Tlatelolco; así como el ingeniero Roberto Eibenschutz, entonces responsable del mantenimiento de los edificios de Tlatelolco —quien también fue rector de la unidad Xochimilco de la UAM (Universidad Nacional Autónoma Metropolitana). No hay culpable, sólo funcionarios en ascenso. Todo lo que se hace en México está bien hecho, como lo indicó en el sexenio pasado el director de Obras Públicas —bueno, no es en el sexenio, es en varios sexenios—, Francisco Noreña Casado. ¿Es verdad que la fuerza sísmica fue mayor que la tolerable; o, como lo cree la conciencia popular, los edificios se cayeron porque estaban mal construidos?

¿El terremoto se ensañó, selectivamente, con los hospitales?, ningún hospital debería caerse jamás. O los edificios de gobierno —que están siempre llenos de gente que viene a arreglar algún asunto—, ¿estaban mal esos edificios?, ¿Tienen un trayecto único los terremotos? ¿Siguen un trazo interno Tlatelolco, Juárez y Balderas, Pino Suárez, el Centro Médico, las zonas más desbastadas por el terremoto?

En México se derrumbaron Secretarías de Estado, cuando debió de caer más de un Secretario de Estado, más de un ingeniero prepotente, más de un doctor en sismología. Pocos casos edifican, de manera tan bochornosa, la corrupción y el maridaje entre los intereses personales y los de los funcionarios, como el caso de Guillermo Carrillo Arena. ¿No era él uno de los responsables de la construcción de varios edificios públicos derrumbados?, y ¿no era Carrillo Arena uno de los Secretarios de Estado del gabinete del presidente de De La Madrid? Carrillo Arena de la Sedue no fue destituido por la renovación moral, sino por la indignación popular.

Yo entrevisté a muchísimos mexicanos pobres. A ninguno rico, porque a ninguno rico le pasó nada; bueno, quizás le pasó a sus edificios. Con el terremoto, los mexicanos empezaron a preguntarse, ¿dónde nos hemos venido a asentar?, ¿qué nuevo peligro nos asecha?, ¿qué protección puede brindárenos?, ¿qué tragedias nos esperan? Esto ya había empezado a suceder un año antes, con la explosión de gas en San Juanico, San Juan Ixhuatepec; pero ahora los mexicanos no estaban tan dispuestos a representar a la perfección su eterno papel de víctimas. Gloria Guerrero, Victoria Guillén, Consuelo Romo, Judith García, Antonio Correa, Juan Guerrero, Raúl Pérez Pereira, blandieron su pérdida y su dolor como un grito de guerra, y marcharon a enfrentarse a la insensibilidad moral de las autoridades. Como

dice bien Monsiváis, en la indiferencia por la vida humana se ha fundado el capitalismo que padecemos. A raíz del terremoto se cantó el elogio del gran pueblo mexicano, y se procedió a toda velocidad a la vuelta, a la llamada normalización. Pero el verdadero heroísmo fue abandonar las fórmulas de martirologio, dejar a un lado predicciones de castigo divino para organizar asambleas, marchas, plantones y exigir de las autoridades; pero también, y por primera vez, dejar de esperarlo todo del papacito eterno. Mi papacito, el presidente de la república, y empezar a creer en sí mismos, en su propia capacidad de reconstrucción y en su propia rabia. Acabar en cierta forma con la ingenuidad popular también fue una lección de los dos terremotos de 1985.

Echar puentes entre ingeniería y hombre; mujer y niño; ingeniería y sociedad civil; ingeniería y rabia; ingeniería y dolor, es el papel de cualquier testigo. Hay muchos modos de levantar edificios, de construir casas.

Quizá en cada congreso se construye una casa interior, se cimbra la obra negra dentro de un joven, que pronto ha de ejercer, y quizá también se restauran grietas en la conciencia de cada uno. Quizá un congreso —si uno se lo propone— puede equivaler a un retiro espiritual. Hay muchos modos de mirar, hay muchos modos de hacer frente a la realidad. Por lo tanto, en mi caso, yo caí como mosca en la sopa, en la revoltura gris de concreto, arena y grava. Estuve como fácil tres meses en la calle oyendo los testimonios de la gente más amolada. Y quisiera al final leerles el testimonio de un brigadista, un universitario. Antonio Lazcano Araujo, científico, a quien enviaron de la universidad aquí a fumigar cadáveres a Parque Delta, que ahora es un Palacio de Hierro o un puerto de Liverpool. Era un estadio, al lado del Panteón Francés.

Y él me contó: “Lo primero que hicimos fue un cordón, más allá del cual la gente no podía pasar sin ser fumigada. Se llama tapete sanitario. Ya para entonces los hombres, mujeres y niños tenían tres días de fallecidos y había procesos de putrefacción muy avanzados. Pusimos un largo plástico y telas en el suelo, a modo de valla, para que ahí dos de nosotros rociáramos con aspersores de formol a los que entraban y salían, los camilleros y los familiares y los que traían las cajas —los ataúdes. Nos ordenó el medio encargado: ‘Por favor, empiecen a fumigar cadáveres. Afortunadamente’, dice Antonio Lazcano, “a mí no me tocó a la primera, ni a la segunda rociada, sino hasta la tercera. A una distancia de casi 20 metros se veían bolsas de plástico, el hielo seco y los montones. Pero esos montones mal cubiertos de plástico eran los cuerpos. La máquina de aspersión soltaba el formol con tal fuerza, que se levantaban los plásticos. Y pensé: ‘Me tengo que esforzar, porque puedo provocarles un problema a los otros dos que van conmigo si no volteo en la dirección correcta. La vida es parte de la muerte, y me tengo que obligar a ver’.

“Lo primero que vi fue una muchacha alta, tendida en el suelo, muy blanca, el cuerpo todo lleno de pueros moretones, completamente desnuda, con el pubis rasurado y unos pechos muy grandes cargados de leche. Decía: ‘Número 76, Ginecobstetricia. Hospital Juárez’. Me fijé que tenía una rajada

en forma de media luna en el vientre, y me dio mucha tristeza darme cuenta de que esa mujer acababa de tener un hijo; era un vientre que no había sido estéril. De lo pálido, el cadáver era como una estatua, una estatua maltratada. 'Bueno, pero ¿por qué te moriste?' Así, sin darme cuenta, inicié un diálogo con los muertos.

"Rociaba, y me hablaba al hablarles; les preguntaba, '¿por qué?'. Vi a una gorda con un vestido de tela muy corrientito. Vi a muchos, sentía un gran, gran pudor y se los decía: 'No tengo derecho a estarte viendo con el vestido levantado; no tengo derecho a verte desnudo; no tengo derecho a verte'. Vi cadáveres oscuros, ennegrecidos, y en un momento dado empecé a repetirme: 'Esto ya no tiene nada que ver con la gente, éstos ya no son humanos'. Me lo repetí varias veces, como para protegerme. 'Esto no es más que materia orgánica, estos brazos prensados, estos rostros tumefactos, estas lenguas botadas, esto no es más que materia orgánica. Aquí hay muchas bacterias y tengo que evitar que se dispersen. Y por eso estoy yo fumigando'.

"De repente volví la cabeza y a mano izquierda vi a una niña, con sus ojos abiertos. Una niña de ocho años, con una sonrisa, así como una mueca destrozada. 'Niña, pero ¿por qué no corriste! ¿Porque te cayó la trabe encima?' Todo el tiempo estuve dialogando con los cadáveres. Con una insistencia en la que había rabia, coraje, odio. No es justo. No es justo que en este país se caigan los hospitales, las escuelas, los edificios de gobierno, las oficinas públicas. No es justo que le toque siempre a la gente más fregada. Todos los brigadistas", cuenta Antonio Lazcano, "sentíamos frío en las piernas, por el hielo seco y el olor a formol. Además teníamos miedo; quizás en el primer momento tuvimos miedo a contaminarnos, pero nos dimos cuenta de que los que esparcíamos formol éramos los más protegidos. Alguien nos hizo ver que si alguien estaba inmune, éramos precisamente nosotros.

"Llegó un muchacho, así flaquito, chaparrito, morenito; el típico mexicano que ha tenido que chambear muy duro, que seguramente vive en una vecindad, en una colonia perdida. Con su suetercito demasiado delgado. ¡Caray! Qué gente más desprotegida la nuestra. De veras, ¡qué desamparo el suyo! De veras que te da un coraje ver a esa gente así sin nada, tan sin nada. '¿Las cajas?', preguntó '¿cómo está lo de las cajas?' Para él eran tres cajas, las cajas —los ataúdes. Quería saber si había que pagarlas. Pero, ¿con qué las pagaba el inocente? '¿Ya identificaste a tu gente?' Le preguntamos. 'Sí, están ahí, pero, ¿cómo está lo de las cajas?'. 'No, lo de las cajas es gratis, ahorita te las damos. ¿Vienes tú solo?' Venía por su hermana y por dos sobrinas. Una de 14 años y otra de nueve. De veras, yo me sentía muy apenado. Soy muy cobarde. Pero en ese momento no podía cargar ningún cuerpo. Y no pude ayudarle a recoger a su gente. No tuve la fuerza. Le dije: 'Discúlpame, no puedo recoger un cadáver, yo no puedo, no tengo la fuerza'.

"Un trabajador gordo de la universidad dijo: '¡Hijos mano!, a mí me da mucho susto, mucho miedo. No es asco, es miedo. Pero me da pena el muchacho, yo le ayudo, nomás rocíame bien de formol'. Y acompañó al flaquito, mientras nosotros, Claudia, Giovanna y yo preparábamos los ataúdes; uno grande y dos pequeños. Me di cuenta que uno tenía dos clavos salidos, pero dije que pues ni modo,

no importa; después vimos cómo el flaquito empezó a apachurrar con sus tenis los clavos, y como no lo logró, se puso a doblarlos con una tabla. Ese sólo acto le devolvió toda la dimensión humana a los cadáveres en el estadio. Porque a las cuatro horas yo pensaba que lo único real eran las bacterias, pero para el flaquito, sus cuerpos, aunque estuvieran todos destrozados, eran su gente y su cadáver. Tenían derecho a no lastimarse con los clavos. El gordo le ayudó a acomodarle sus cadáveres.

"A nosotros nos tocó rociarlos con cal. Le pedíamos permiso a la gente. '¿Nos permiten rociarlos con cal?'. A ese trabajador gordo de la UNAM le daba miedo, igual que nosotros, pero tuvo más valor, más valor que cualquiera. Entonces yo le pregunté al flaquito: '¿Nos permites rociar con cal a tus tres personas aquí?' Y él respondió: 'Sí'. A la muchacha de 14 años tuvimos que pasarla a un ataúd de adulto porque no cupo en el pequeño. Y cuando empecé a rociarla con cal, me acordé de Hamlet. En un momento dado, cuando Ofelia, ya loca, muere ahogada, la madre de Hamlet le echa violetas y piensa: 'Mira, mira, vengo a echar sobre tu cuerpo las flores que debí poner sobre tu lecho nupcial'. Tuve exactamente la misma sensación. 'Estoy echándote cal, niña, para que te vayas toda blanca; pero te vas blanca de cal, no viviste nada, nada, niña de 14 años, te vas blanquita'. Con todas estas asociaciones que uno tiene de la pureza, de la dignidad, de lo intocado, de todo eso, no pude sino rociarla con una poquita de cal. No le tocó ni una flor, sólo un poco de cal. Y así le tocó irse".



Ilustración: Amaranta Aguilar Escalona

